

Aquí aprendieron los fieles Confesores de Cristo á tolerar con resignacion las enfermedades, los sucesos adversos, los desprecios, los trabajos y penas: aquí bebieron su valor y constancia los Mártires, para irse á encontrar con los tormentos y las muertes cruelísimas; con tal generosidad de corazón, y tal alegría de semblante, que parecia estaban viendo abierto el Paraiso. Santa Gertrudis escogió para oracion jaculatoria en sus trabajos *Fiat voluntas tua*, hasta repetirlo mas de cien veces al dia. Felipe II. aquel no menos piadoso, que sábio, rey de España, en su ultima, larga y penosa enfermedad, decia con heroica resignacion innumerables veces: *Pater, fiat voluntas tua*: y confirmó las palabras con las obras; porque habiendole de abrir una apostema, con terribles dolores, hizo que le leyesen el Evangelio de la pasion; y llegando el lector á las dichas palabras *Fiat voluntas tua*, le mandó que parase, repitiendolas muchas veces; pero mas con el corazón, que con los lábios.

§. II.

AZOTES Y CORONACION.

Comparó Cristo su pasion á un mar inmenso: *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me*. No lo podemos navegar ahora todo, sino solo algunos Misterios, entre los cuales es sin duda muy principal el de los azotes. Este fué uno de los mas dolorosos y extraños espectáculos, que jamás vió el mundo; ver llover sobre las espaldas de Dios golpes, que eran castigo solamente de esclavos y de ladrones, No sabré yo me-

gor pintarlo, que con las palabras con que á santa Brigida lo reveló la Madre de Dios, testigo de vista de tan desapiadada carniceria. Dice así: (LIB. 1. CAP. 10.) Llevado mi Jesus á la columna, empezó de su voluntad á desnudarse de sus vestidos, y estender sus manos ácia la misma columna, á la cual bárbaramente le ataron aquellos verdugos con duras cuerdas. Así atadas las manos estaba desnudo, con insufrible vergüenza, al ver que sus virginales carnes pareciesen descubiertas á los ojos del insolente pueblo, cuando se acercaron aquellos sayones, y ahuyentando á cuantos estaban allí cerca, empezaron á descargar crueles azotes sobre aquellas delicadísimas y purísimas carnes. Al primer golpe yo, que no estaba muy lejos, quedé desmayada de dolor, hasta que recobrando aliento, miré el cuerpo de mi Jesus ya tan despedazado y roto, que se le veían hasta las costillas; y lo que era mayor crueldad, al recoger los látigos y cordeles, abrian y formaban como sulcos en sus purísimas carnes. Hecho ya mi divino Hijo todo sangre, y todo llagas, de suerte, que no se hallaba miembro sano, en que cayese el azote; y con todo eso, prosiguiendo aquellos homicidas en herir las heridas, uno de ellos, movido á compasion, ó no sé de que espíritu, exclamó: ¿Cómo se quita de esta suerte la vida á quien hasta ahora no está sentenciado á muerte? Y diciendo esto cortó de un tajo las cuerdas con que estaba atado á la columna. Entonces moviendose mi Jesus un tanto, para ponerse en las espaldas su vestido, vi el lugar donde habian estado sus pies todo lleno de sangre, y por donde quiera que se movia, dejaba impresas con sangre las huellas; de las cua-

les, como se alegrasen aquellos crueles, le apremiaban con punzadas á que se diese priesa y alargase los lánguidos pasos y señalase la tierra con su sangre. Hasta aquí la santísima Virgen.

Ponderemos ahora un poco la atrocidad de este tormento: él fué acervísimo, respecto del cuerpo de Cristo; el cual, por ser mas bien dispuesto y delicado, que cualquiera otro, era tambien el mas sensitivo de los dolores: *Quanto delicatior caro illa fuerat, tanto acerbior imprimebatur dolor:* (dice san Buenaventura.) Fué cruelísimo, por la rabia de los ministros, que envenenados por sí mismos contra Cristo, se encendian mas con los gritos del pueblo, y sugestiones del demonio á hacer porfia y competencia sobre quién mejor y mas valientemente le azotaba, y entraban sucesivamente unos despues de otros en gran número; pero entre todos, dice san Gerónimo, (LIREO, LIB. 3. CAP. 4.) que eran seis los que ejecutaban la carniceria: *Six carnifices accedunt, duo eorum virgis spinetis, duo loris nodosis, et duo catenis ferreis.* Y así tambien fué atrocísimo este tormento por la calidad de los instrumentos, los cuales fueron primero varas llenas de espinas, que le rompieron todas las venas; despues cordeles sembrados de agudas puntas de acero, que le penetraron las costillas; y finalmente, cadenas llenas de garfios de hierro, que le rompian y sacaban á pedazos la carne, y llagaron mas profundamente las primeras heridas: *Super dolorem vulnerum meorum addiderunt.* (S. BRIGID. LIB. 1. CAP. 10.) Ultimamente, fué el tormento dolorosísimo é ignominiosísimo por el número de los azotes; porque si bien la ley mandaba, que los

azotes dados á un reo no pasasen de cuarenta: *Quadragenarium numerum non excedant*, y de otra suerte el azotado quedaba infame; con todo eso, los golpes que le dieron á Cristo llegaron á cinco mil y mas, como dice san Bernardo; y así quedó infamadisimo.

En este terrible tormento estaba el duleisimo Jesus con un Corazon tan manso, con un semblante tan amable y apacible, que seria bastante para ablandar la dureza cruel de los verdugos, si hubieran atendido bien á la mansedumbre de su rostro. Cada golpe que recibia, le ofrecia con ardentísimo amor á su Eterno Padre por nuestra salud, suplicandole, que quisiese perdonarnos nuestros pecados, como afirma Tomás de Kempis: *Quoties Christus unum ictum verberantis accipit, mox illum Patri pro nobis obtulit ex amore, petens, ut delictis nostris ignosceret.*

En este funestísimo espectáculo exhorta san Agustin al cristiano, que vuelva los ojos á contemplar, quién es aquel que está desnudo, atado á la columna, expuesto á los azotes, y á la inundacion de sangre. ¡El Señor de los cielos, el Criador del mundo, la gloria de los ángeles, la Sabiduria, el Poder y resplandor de Dios, ser castigado con azotes por sus perversos esclavos! ¡Qué asombro, qué horror habrán tenido los coros de los angeles al ver tan afrentado á su rey, digno de infinita honra! ¡Lleno de heridas aquel Señor, que es la bienaventuranza del Paraiso! Y tú, ó corazon humano, ¿no te enterneces? ¡No te conmueves? ¡Tendrás compasion de ver un corderillo, que lo descuartizan para el matadero, y pasarás con ojos enjutos la sangrienta carniceria de tu Dios? ¡Qué corazon de tigre es el mio,

que no se parte de dolor? ¡Qué ojos de basilisco son los míos, si no derraman lágrimas á vista de esta sangre? Tanto mas, cuanto yo soy la causa de tantas penas, como dice san Agustín: (MEDIT. CAP. 7.) *Ego sum tui plaga doloris: ego tuae culpa occisionis. Peccat impius, et punitur Justus. Quod perpetrat servus, exolvi Dominus. Quod committit homo sustinet Deus.* Yo, yo soy la causa de vuestros dolores; yo soy la culpa de vuestra muerte. Peca el inicuo, y es castigado el justo. Castigan al amor por el delito del esclavo. Dios padece por el pecado del hombre. ¡O poderoso motivo de justísimas y perpetuas lágrimas!

Pero no debe pasar esa consideracion con solas dos lágrimas de compasion. Debemos seriamente reparar la causa de tantos azotes. Los azotes fueron especialmente tolerados por Cristo (si creemos á san Agustín y san Gregorio) en pena de los deleites de la carne y de los placeres sensuales, que nosotros buscamos con tanta ansia. Nuestras desnudeces, sin vergüenza, son las que expusieron desnudo el cuerpo virginal de Jesus, con tanta confusion suya. La libertad de nuestros sentidos en las disolutas conversaciones, es la que ató como á esclavo al Hijo de Dios á la columna. Nuestros inmodestos tocamientos pusieron en las manos los cordeles á los verdugos para despedazarlo. Los placeres sensuales, los deleites del cuerpo son las varas espinosas, y las duras cadenas que hirieron y despedazaron aquellas purísimas carnes: *Vulneratus est propter iniquitatis nostras, attritus est propter scelera nostra.* ¡Qué resolucion, pues, tomaremos nosotros contra los deleites sensuales? ¡Cómo aprenderemos una vez á compadecernos con obras generosas

del Salvador? Compadeciase de Jesus santa Teresa, que despues de haber meditado este Misterio, se azotaba de pies á cabeza con cordeles y cadenas, y despues salia de su celda gritando: No mas pecados, no mas, que le cuesta mucha sangre al Redentor.

Mas nosotros no nos compadecemos, que no solamente huimos de toda mortificacion del cuerpo, sino andamos buscando cómo darle todo placer sensible. Compadeciase de Jesus santo Tomás de Villanueva, que por los pecados ajenos heria y ensangrentaba sus espaldas con disciplinas, armadas de puntas de hierro, hasta rociar con su sangre la cara de los pecadores para ablandarlos. Nosotros no nos compadecemos, que siendo reos de graves culpas nuestras, rehusamos lavar las manchas de nuestros pecados propios; no digo ya con gotas de sangre, mas ni con una lágrima de verdadera contricion.

Vamos adelante. Si bien los azotes de Cristo excedieron en el número de los golpes y heridas, y en la calidad de los instrumentos; pero en su especie era tormento que se usaba dar á los esclavos malhechores. Otro inventó la bárbara crueldad de los judios, nunca usado en el mundo: una horrible y afrentosa invencion, que sirviese para atormentar, y juntamente hacer burla del rey de la gloria. Apenas se habia vestido, cuando furiosamente de nuevo le desnudaron, y echaron á las espaldas un despreciable retazo de púrpura, y le pusieron en la mano una fragil caña, y le clavaron una corona de agudísimas espinas en la cabeza, como á rey de burlas y de dolores. Quizá aquella venerable cabeza habia quedado libre de la gran tempestad de

los azotes, y por eso revolieron contra ella únicamente el furor. Y por su capricho, sin licencia, ni orden del presidente, tegieron una corona de juncos marinos, no á modo de guirnalda, sino á semejanza de capacete ó celada, que cubriese y lastimase toda la cabeza, como lo entendió san Vicente Ferrer. (SERM. DE PASS) *Spineu Domini corona erat instar pilei, ita ut undique coput tegetet.*

Esta horriosa diadema pusieron en la cabeza al Rey del cielo, y se la encajaron con tal violencia, que al punto corrieron arroyos de sangre por el divino Rostro. ¡Cuán acerbo tormento sería este en una parte tan delicada como la cabeza, origen de todos los nervios y venas, donde está vivísimo el sentido del tacto para sentir toda herida, aunque sea ligera? Quanto mas estas tan agudas y tan violentas, que no solo hirieron lo exterior de las sienas, sino (penetrando el casco) llegaron á atormentar el cerebro: *Spinarum punctiones cerebrum perforarunt*, dice san Lorenzo Justiniano: y añade, que era preciso morir muy en breve, si por divina virtud no se conservara aquella vida, para padecer mayores penas. Si una sola herida del cerebro se tiene por mortal, poco menos que en el corazon, ¡cuál sería el dolor de Jesus al experimentar tantas punzadas, que segun la revelación del dicho san Vicente, hicieron mas de setenta penetrantes heridas en la sagrada cabeza? Si nos dá horror el oír que los verdugos clavaban agujas y cañas á los mártires por entre las uñas y la carne; si una espina que se entre en un pie, causa gran dolor á todo el cuerpo: ¡oh, qué habrán hecho, no una, sino tantas espinas clavadas en la frente con

tanta violencia! *Quis satis cogitari potest (concluye el santo) quantas dolor reverendum illud caput tot aculeis affecerit. cum nos vel ad unius spinæ punctionem fere intollerabili dolore vexemus?*

Mas: ¿por ventura fué menos el dolor, que la ignominia? Porque aquellos pérfidos, viendole como rey de burlas, puesto en el Rollo con figsa, hacian desprecio de aquel vestido viejo y sucio de púrpura, de aquel cetro de caña, de aquella corona de espinas. Ya se le acercaban todos, y le cercaban, uno á escupirle en el rostro, otro á abofetearle las megillas, otro á arraacarle los cabellos y mesarle la barba. Ya se le arrodillaban, diciendo: *Ave, Rex Judæorum*, y luego descargaban guantadas sobre su rostro. Ya le quitaban de la mano la caña, para herirle con ella la cabeza, y entrarle mas adentro las espinas. ¡Qué paciencia y qué caridad hubiera podido resistir á tantos ultrajes y tantas injurias, sino la de un Dios? ¡O alma fiel! Mira primero á este gran Dios en su Magestad: aquella cabeza coronada de gloria y honra, en que, como en espejo, se miran los ángeles: aquellas manos que fabricaron el sol y las estrellas: aquella soberana Divinidad, ante quien tiemblan de reverencia las dominaciones y principados del cielo; y despues mira á este mismo Dios en tanta bajeza, la cabeza ceñida de ignominia, el rostro afeado de salivas, las manos despreciadas, con una caña por cetro, la Magestad divina ultrajada, y escarnecida por vilisimos bufones, lacayos y sayones. A este término ha reducido nuestra soberbia á Dios; por nuestra altivez se ha abatido el rey de la gloria á tanto desprecio y vileza; nuestro fausto y nuestra jactancia han puesto en opro-

no, y á ser blanco de las burlas y risadas de la hez de la república al Monarca del mundo. ¿Y quién tendrá ya atrevimiento para buscar vanos honores, viendo que le cuestan al Salvador tales humillaciones y desprecios? ¿Con qué remedio se podrá curar la soberbia del hombre, si no sana con esta humildad del Hijo de Dios?

Habia quedado el Redentor tan desfigurado y deshecho, que Pilatos creyó podia mitigar la rabia de los judios, y moverlos á compasion, si se les mostrase, sacándole á público á los ojos del pueblo en aquel dolorosísimo trage y aspecto; y así, trayendole á fuera á un balcon alto y descubierta, donde todos le pudiesen ver, con aquellas funestas insignias de dolor y de ignominia, dijo: *Ecce Homo*. Veis aquí el Hombre que tanto aborreceis, que ya no tiene forma de Hombre. Temiais que se hiciese Rey: veisle ahí reducido á estado peor que un esclavo; ¿este Rostro macilento, esta Sangre copiosa, que corre de todas sus venas, no os mueve á compasion? ¿Qué os queda que hacer con este Hombre de dolores?

Pero interrumpieron el razonamiento de Pilatos los gritos del pueblo, que en altas voces exclamó: *Tolle, tolle, crucifige eum*. *Sanguis ejus super nos*. ¡O barbaridad inaudita! ¡O fieras inhumanas, que no se entercecen á tan lastimoso espectáculo! ¿Y nosotros, ¡ó cristianos! tenemos acaso el corazon mas tierno, mas piadoso? Imaginemos que nos dice, no un juez injusto, sino el Padre Eterno: *Ecce Homo*. Mira, y vuelve á mirar, ¡ó cristiano! á este Hombre, á quien tu reconoces y adoras por tu Dios. Mira bien á qué término le ha reducido el amor de tu salud. Mi-

ra cuanto padece por satisfacer á la divina Justicia por tus pecados. Por curar tu soberbia está tan vilipendiado y afrentado: por la vanidad y fausto de tu cabeza, tiene la suya atravesada con una corona de espinas: por los superfluos adornos de tu rostro, trae el suyo afeado con viles salivas: *Ecce Homo*. Mirale como está, que *non est species ei: neque decor*. Haz reflexion, que tus pecados han destruido y deformado la hermosísima forma, que él habia tomado por tu amor. ¿A esta vista no se conmueve tu corazon? ¿Podrás proseguir pecando y diciendo con los judios: *Tolle, crucifige eum*?

§. III.

EJEMPLO.

Si bien el V. P. Fr. Luis de Granada en todos sus admirables libros respira piedad y devocion, en ninguno, empero, resplandece mejor su amor á Dios, que en las meditaciones de la passion de Cristo. A estos misterios tenia un corazon tan tierno, que no podia hablar de ellos sin lágrimas y suspiros; y así, un viernes santo, habiendo subido al púlpito para predicar de la passion, apenas con el rostro pálido y voz lúgubre, hubo puesto el tema: *Passio Domini nostri Jesu Christi secundum Joannem*, cuando empezó á llorar tan copiosamente, que cerradas las fauces con los sollozos, no podia proseguir el razonamiento. Repitió el tema: *Passio Domini nostri*; y prosiguiendo á querer decir, quién era aquel gran Dios, que padecia por los pecadores, sus enemigos, le interrumpió otra mayor vehemencia é impetuosa

corriente de lágrimas, que le obligó á dejar el sermón; pero aquellas pocas palabras, acompañadas de sus muchas lágrimas, fueron tan eficaces, que movieron á gran contrición á todo el numeroso auditorio, y se levantaron profundos gemidos y copiosos llantos. Ni hay que maravillarse que sus palabras fuesen tan poderosas, porque eran mas poderosas sus obras y ejemplos.

En honra de los azotes de Cristo, se disciplinaba ordinariamente hasta derramar sangre. La cuaresma, en obsequio de la corona de espinas, se ceñía con un cerco de estaño, con puntas relevadas en él. Y por la cadena con que el Salvador fué llevado al calvario, tenia un cinto de hierro, tan estrechamente apretado á la cintura, que despues de su muerte se halló metido y concentrado con la carne. Demás de otras admirables invenciones, con que su amor lo hacia cruel verdugo de sí mismo, y piadoso para con Cristo, imitando su pasión.

Mas es digno de especial memoria lo que le sucedió en un convento suyo de Portugal. Usaba el siervo de Dios todas las noches, antes de acostarse, azotarse con una horrible disciplina, cuyos recios golpes resonaban con gran ruido en la calle pública, confinante con su celda. Sucedió, que yendo á aquella hora dos caballeros mozos á la casa de una muger liviana á ejecutar sus placeres, pasaron cerca de la celda de Fr. Luis; y oyendo aquel grande ruido de los azotes, se pararon y pusieron grande atención á examinar de dónde salia. Presto conocieron lo que era, y compungidos, empezaron á discurrir entre sí: ¡O miserables de nosotros! Este siervo de Dios castiga y lastima tan fieramente su cuerpo, y no-

sotros, pecadores, vamos á dar placer á nuestra carne? ¡Oh, qué malvados somos! ¿Y qué será de nuestra salvacion, si mientras los santos padecen, nosotros nos holgamos y regalamos? El ruido de estos golpes nos avisa, que vamos caminando á la perdicion. Y al punto tocados de la divina gracia, y movidos á verdadera penitencia, se volvieron á sus casas; pero primero observaron diligentemente la ventana de la celda, de donde salia aquel saludable ruido. A la mañana temprano se vinieron al convento, y preguntaron al portero, ¿quién vivia en la celda correspondiente á aquella ventana, que salia á la calle? Y sabiendo que era el Padre Fray Luis de Granada, le hicieron llamar; y llevándole á parte, el uno despues del otro, se le arrojaron á sus pies, hiriendose los pechos, y derramando lágrimas y diciendo: Padre, los azotes con que la noche pasada heriste tu cuerpo, han herido á nosotros el corazon, y nos han apartado de los deleites sensuales; y refiriendole distintamente el caso, se confesaron con el V. padre, con grandes muestras de contrición. Y enternecidos mucho mas con las suavísimas palabras del confesor, y animados á hacer seriamente penitencia, se redujeron á una vida ejemplar, sonandoles siempre en los oidos, y mucho mas en el corazon, aquel ruido, que los habia librado del peligro de su condenacion.

Ahora, si tanto pudo el sonido de aquellos azotes en el corazon de estos jóvenes disolutos y deshonestos, ¿qué compuncion no deberá causar en nosotros la consideracion de los cruellísimos azotes del Redentor? ¿Y habrá corazon que quiera proseguir en buscar y tomar deleites sensua-

les, viendo que el Hijo de Dios padece, por causa de ellos, una tan rigurosa carniceria en todo su cuerpo? ¡Habr  ojos de cristiano, que al mirar la sangre del Redentor, derramada por tantas heridas y con tantos golpes, no lllore amargamente los placeres de los sentidos? ¡Ay! A los pies del mismo Señor atado   la columna, digamos con todo afecto aquella devota oracion del mismo V. P. Fr. Luis de Granada.

Señor mio Jesucristo, todas las veces que os contemplo asi desnudo y todo llagado, me lleno de confusion y empiezo todo   temblar. ¡Ay miserable! ¡Qué será de mí! No hay tantos rayos en el cielo, cuantos yo conozco que merezco, por haber sido causa con mis maldades de tantos dolores vuestros. ¡Oh, cuanto me desagrada   mi mismo, y me enfada y molesta el vivir! Pero vuestra piadosisima voz me consuela todo, y me da confianza; llamais   Vos los pecadores, para curar con vuestras Llagas las suyas; oigo que decis: Venid   mí, que mi muerte será vuestra vida; vengo, pues,   Vos,   Salvador de mi alma,   rogaros, que mostreis vuestra Cabeza coronada de espinas, y lleno vuestro Rostro de Sangre al Eterno Padre, diciendole: *Ecce Homo*. Y pues tuvisteis corazon para ofrecer vuestros miembros   los verdugos, para que los atormentasen; tened tambien bondad para presentarles por mí al Eterno Padre, para que por vuestro amor me perdone.

Lease   Tomás de Kempis lib. 2. cap. 11. cuyo título es: Cuán pocos son los que aman la cruz de Jesucristo.

LECCION XIV.

DE LA CRUCIFICION DE JESUCRISTO.

Los leones, en viendo al hombre abatido y humillado, deponen su fiereza. Los  spides, en habiendo chupado parte de sangre humana por necesidad, no prosiguen en herir por rabia; mas no asi se mitigaron, ni se enternecieron los judios, al ver tan abatido y ensangrentado al Salvador; antes mas crueles y rabiosos, alzaron el grito, clamando: A la cruz,   la cruz; p nle en un palo: *Crucifige, crucifige*. Y asi Pilatos, aunque de mala gana, se vi  forzado   sentarse en su tribunal, y dar la sentencia definitiva de muerte. Entonces aquellos bárbaros, contra el estilo de los mas crueles verdugos, que esconden y ocultan   los reos los instrumentos del suplicio, al instante le pusieron   la vista la cruz. Abrazola el Redentor con grande afecto, y baj  sus hombros para recibir aquel pesadisimo le , sobre el cual estaban puestos todos los pecados del linaje humano: *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum*.

Sale fuera, llevando la gravisima carga; no ya como Isac la leña del sacrificio, de noche, por caminos solitarios, sin que nadie lo viese, sino al medio dia, por las calles públicas de Jerusalén,   s n de trompetas, que llamaban al pueblo   aquel ignominioso espectáculo. No pudiendo con el gran peso gobernar los miembros, faltos de fuerzas y de sangre, se movia   pasos lentos, y   breves ratos arrodillaba y caia   tier-